

Nuestra edición

Nuestra edición de *La vuelta al mundo en ochenta días* está cuidadosamente adaptada para lectores jóvenes de entre diez y catorce años (de 5.º de Primaria a 2.º de ESO). En esta versión, hemos realizado una selección de los pasajes más destacados de la obra original de Julio Verne, manteniendo el estilo literario del autor y la maravillosa caracterización de los personajes que han cautivado a generaciones de lectores.

La traducción directa del texto original en francés garantiza una experiencia auténtica y fiel a la intención del autor. Para hacer la historia más accesible y ágil, hemos omitido algunas descripciones no esenciales para la comprensión de la trama y hemos eliminado detalles sobre los países visitados que han perdido relevancia en la actualidad.

Esta edición se ha pensado con el objetivo de seducir a los jóvenes lectores y contribuir a fomentar su interés y gusto por la lectura. Para lograrlo, hemos mantenido el estilo literario característico del autor, preservando el encanto y la magia que hacen de esta historia una de las más queridas de todos los tiempos.

Además, nuestra edición incluye un estudio preliminar que introduce y prepara al lector para sumergirse en la trama, brindando información relevante sobre el contexto histórico y geográfico de la época. También hemos añadido una propuesta de investigación al final del libro, centrada en la cuestión geográfica de las diferentes horas en el mundo, un conocimiento esencial para comprender plenamente la novela.

Con nuestra edición especial de *La vuelta al mundo en ochenta días*, queremos despertar la curiosidad y el amor por la lectura en los jóvenes, invitándolos a explorar no solo esta obra clásica, sino también otras fascinantes historias de Julio Verne.

¡Acompaña a Phileas Fogg en su viaje inolvidable y déjate llevar por la magia de la aventura literaria!

Revista de *LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS*

PERSONAJES PRINCIPALES

Phileas Fogg

A detailed illustration of Phileas Fogg, a middle-aged man with a full, dark beard and mustache. He is wearing a dark blue, double-breasted frock coat over a white shirt with a high collar and a red patterned cravat. He is also wearing dark gloves and patterned trousers. He stands with his hands clasped in front of him, looking slightly to the right.

Es el protagonista de la novela, un hombre inglés de alrededor de cuarenta años de edad, alto, delgado, de cara pálida y rasgos regulares, que vive solo en su casa en Londres. Es un hombre muy reservado y metódico, y su vida se rige por una rutina inmutable. Fogg es un caballero extremadamente rico que apuesta su fortuna a que puede dar la vuelta al mundo en ochenta días.

A lo largo de su viaje, muestra una gran habilidad para resolver problemas y mantener la calma en situaciones de gran tensión.

Paspartú

A detailed illustration of Paspartú, a young man with curly brown hair. He is wearing a dark green, double-breasted frock coat over a red patterned vest and a white shirt with a high collar. He is also wearing brown trousers and dark shoes. He is holding a dark hat in his left hand and looking slightly to the left.

Es el sirviente francés de Fogg, contratado poco antes del inicio del viaje. Es un hombre de unos treinta años, alegre, simpático y muy habilidoso. Paspartú será fundamental porque en muchas situaciones ayuda a Fogg a sortear diversos obstáculos, aunque también le mete en algunos líos. De todas formas, es un personaje muy leal y valiente, dispuesto a hacer cualquier cosa por ayudar a su jefe.

Detective Fix



Es un inspector de policía inglés que persigue a Fogg, sospechando que es el autor de un robo en el Banco de

Inglaterra. Fix se une al viaje de Fogg y Paspartú, con la intención de arrestar a Fogg en cuanto lleguen a Inglaterra. A lo largo del viaje, Fix se convierte en un personaje que acaba colaborando para superar las dificultades del camino.

Auda

Es una joven india rescatada por Fogg y Paspartú de un funeral de viuda en la India. Auda es una mujer inteligente, valiente y educada, de la

que Fogg va enamorándose a lo largo del viaje. Auda es un personaje muy importante en la novela, y su destino final es un factor determinante en el desenlace de la historia.



PERSONAJES SECUNDARIOS

Los miembros del Reform Club

Los colegas del Reform Club son un grupo de caballeros adinerados y distinguidos de la alta sociedad londinense. En la novela, los colegas del Reform Club desempeñan un papel crucial en el desafío lanzado por Phileas Fogg de dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Sir Francis Cromarty

Es inglés, grande y rubio. Caballero británico y veterano militar

con vasta experiencia en la India. Es un valioso aliado de Phileas Fogg durante su viaje alrededor del mundo. Su apariencia imponente y sus conocimientos geográficos son de gran ayuda en la superación de obstáculos.

Coronel Stamp Proctor

Es un americano fanfarrón, violento y grosero, que los personajes principales se encuentran en los Estados Unidos. Sus malas maneras provocarán un duelo entre él y Fogg, además

será un obstáculo para los planes del protagonista.

Capitán Andrew Speedy

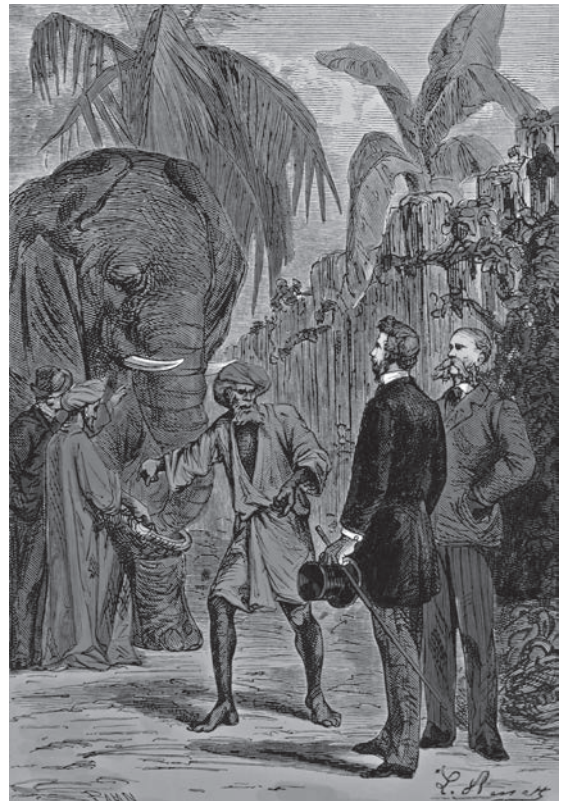
Intrépido y temerario capitán de barco que traslada a nuestros personajes desde Nueva York a Liverpool. Su personalidad impetuosa y su habilidad para tomar decisiones rápidas le convierten en un aliado ocasional de Phileas Fogg durante su viaje. Aunque su aparición en la trama es breve, su presencia añade emoción y aventura a la historia.

LO QUE NOS CUENTA LA HISTORIA

Las circunstancias

La vuelta al mundo en ochenta días es una novela escrita por Julio Verne en 1873. Publicada por entregas en el semanario *Le Temps*, es inmediatamente un éxito absoluto. La historia sigue a Phileas Fogg, un hombre británico solitario y meticuloso que apuesta su fortuna a que puede dar la vuelta al mundo en ochenta días.

A lo largo de su viaje, Fogg es acompañado por su valiente y leal sirviente francés, Jean Paspartú.



El desarrollo de la acción

1. La apuesta y partida

Phileas Fogg, un caballero inglés metódico y preciso, realiza una apuesta en el Reform Club de Londres, y es que puede dar la vuelta al mundo en ochenta días. Junto con su fiel criado francés, Paspartú, inicia su viaje desde Londres hacia el este, atravesando Europa y Asia.

2. Aventuras en Asia

Fogg y Paspartú enfrentan diversos obstáculos y desafíos en su travesía por India, donde se encuentran con sir Francis Cromarty y rescatan a una

princesa india, Auda, quien se une a su grupo. Se enfrentan a todo tipo de peligros y contratiempos, como persecuciones, sabotajes y un paso por el monzón, mientras continúan su viaje hacia el este.

3. Atravesando el Pacífico y Estados Unidos

Fogg y sus compañeros cruzan el océano Pacífico en barco, en una travesía tormentosa. Luego llegan a San Francisco y toman un tren hacia Nueva York, donde deben vencer retrasos y enfrentar un ataque de los indios *sioux*.

4. La travesía del Atlántico

Fogg y sus compañeros se embarcan en el *Henrietta*, un barco mercante, para cruzar el océano Atlántico. En esta parte de la historia están cerca de perder la apuesta, ya que deben lidiar con la falta de tiempo para llegar a Londres en el plazo establecido.

5. Regreso

Fogg y sus compañeros finalmente llegan a Londres, justo a tiempo para completar su vuelta al mundo en ochenta días. Sin embargo, la historia toma un giro inesperado cuando Fogg descubre que ha cometido un error en sus cálculos.



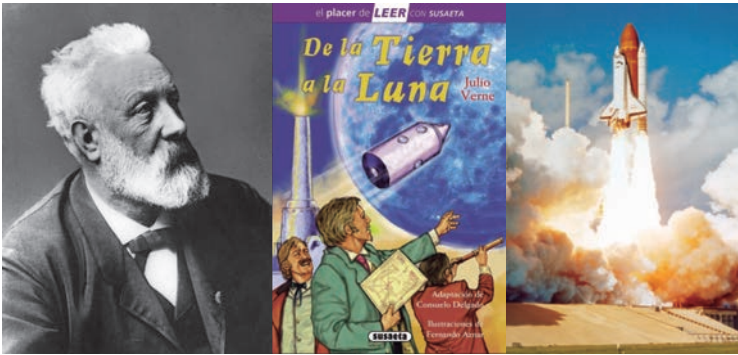
¿QUIÉN FUE SU AUTOR?

Julio Verne fue uno de los escritores más importantes e influyentes de la literatura universal durante el siglo XIX. Nació en Nantes, Francia, el 8 de febrero de 1828, en una familia de abogados y comerciantes. Desde joven, mostró un gran interés por la literatura y la ciencia, y estudió Derecho en la Universidad de París, pero decidió dedicarse a la escritura.

históricas hasta relatos científicos y de aventuras. Entre sus obras más destacadas se encuentran *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La isla misteriosa* (1874) y, por supuesto, *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), quizás una de sus obras más populares y reconocidas.

activista político y social. Luchó por la libertad de prensa y por los derechos de los trabajadores, y fue un defensor de la abolición de la esclavitud.

Julio Verne murió el 24 de marzo de 1905 en Amiens, Francia, a los setenta y siete años de edad. A pesar de que no fue reconocido como un gran escritor en su época, hoy en día se le considera uno de los grandes genios de la literatura y uno de los más influyentes de la historia. Sus obras han sido adaptadas al cine, la televisión y el teatro, y han inspirado a generaciones de escritores y lectores.



Verne es conocido como el padre de la ciencia ficción moderna y es famoso por sus novelas de aventuras, en las que imaginó viajes extraordinarios y descubrimientos científicos futuristas. Sus obras son muy populares y han sido traducidas a muchos idiomas.

Verne fue un visionario y un adelantado a su tiempo en muchos aspectos. En sus novelas, predijo numerosos avances científicos y tecnológicos que luego se hicieron realidad, como la energía nuclear, los submarinos, los satélites de comunicaciones y los viajes espaciales.

La obra de Verne es muy extensa y abarca desde novelas

Además de su carrera como escritor, Verne también fue un



Cartel de la película de 1989 con Pierce Brosnan.

LA REVOLUCIÓN DE LOS TRANSPORTES EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX fue un período de grandes cambios y avances tecnológicos que transformaron la forma en que las personas se movían y se comunicaban. La revolución de los transportes fue uno de los cambios más importantes de esta época, y tuvo un gran impacto en la vida cotidiana y en la cultura popular, fenómeno que representa perfectamente *La vuelta al mundo en ochenta días*.

La historia se desarrolla en un contexto histórico en el que la revolución de los transportes estaba transformando el mundo y haciendo posible el sueño de viajar a lugares lejanos en tiempos mucho más cortos.

La revolución de los transportes se inició con la introducción del ferrocarril en la primera mitad del siglo XIX. Los ferrocarriles permitieron un transporte rápido y eficiente de mercancías y personas, lo que cambió radicalmente la economía y la sociedad. La novela de Verne hace referencia a este medio de transporte en varias ocasiones, incluyendo la escena en la que



Ceremonia del Golden Spike ('Clavo de Oro') en Promontory (Utah) el 10 de mayo de 1869, símbolo de la finalización de las obras de construcción de la primera vía férrea transcontinental de los Estados Unidos.

Fogg y su criado, Paspartú, viajan en el ferrocarril transcontinental de los Estados Unidos.

Otro medio de transporte que tuvo un gran impacto en el siglo XIX fue el barco a vapor. Los barcos a vapor permitieron una navegación más rápida y segura, lo que transformó el comercio internacional y facilitó la comunicación entre diferentes partes del mundo. En la novela de Verne, Fogg y Paspartú viajan en varios barcos a vapor, incluyendo el famoso barco de la Compañía Peninsular y Oriental.

Además de los ferrocarriles y los barcos a vapor, la revolución de los transportes también incluyó el desarrollo de la aviación y los automóviles.



Barco de vapor de la Compañía Peninsular y Oriental inglesa, tan solo unas décadas después de la novela.

Aunque estos medios de transporte no aparecen en la novela de Verne, su impacto en la sociedad de finales del siglo XIX fue igualmente significativo.

La novela *La vuelta al mundo en ochenta días* es un ejemplo de cómo la literatura puede reflejar y dar forma a los cambios culturales y tecnológicos de una época. La obra de Verne se convirtió en un clásico de la literatura de aventuras y de ciencia ficción, y fue un reflejo del entusiasmo y la fascinación que la revolución de los transportes despertó en la sociedad del siglo XIX. La novela es un recordatorio de la importancia de los medios de transporte en la historia y el desarrollo de la humanidad, y de cómo estos cambios pueden transformar la vida de las personas en formas que nunca anteriormente habían sido posibles.

LA
VUELTA AL MUNDO
EN
OCHENTA DÍAS
DE
JULIO VERNE

Capítulo 1

En el que Phileas Fogg y Paspártú se aceptan mutuamente, uno como señor, el otro como criado

En el año 1872, en la casa número 7 de Savile Row, enfrente de los jardines de Burlington, vivía Phileas Fogg, quien, a pesar de ser un hombre muy discreto sin actividad conocida, era uno de los miembros más notables y singulares del Reform Club de Londres¹.

Phileas Fogg era inglés de pura cepa; aunque quizás no londinense. Jamás se le había visto en la Bolsa ni en ninguno de los despachos del centro de la ciudad. Tampoco era armador de ningún buque que hubiese atracado en los muelles de Londres, ni figuraba en ningún comité de administración de empresa alguna. No era ni industrial, ni negociante, ni mercader, ni agricultor. Phileas Fogg era miembro del Reform Club, y nada más.

¿Era rico Phileas Fogg? Indudablemente. Cómo había amasado su fortuna es lo que ni los mejor informados podían decir, y para saberlo, el último a quien convenía dirigirse era al propio Fogg. En todo caso, aun cuando no se prodigaba mucho, no era tampoco avaro, porque

¹ El Reform Club es un conocido club de caballeros que hoy en día sigue siendo uno de los clubes más importantes de Londres. A partir de 1981, empezó a admitir mujeres entre sus miembros.



Phileas Fogg.

en cualquier parte donde faltase auxilio para una cosa noble, útil o generosa, solía prestarlo con sigilo y hasta con el velo del anonimato.

En definitiva, encontrar alguien que fuese menos comunicativo que este caballero era cosa difícil. Hablaba lo menos posible y parecía tanto más misterioso cuanto más silencioso era. Llevaba una vida rutinaria, hacía siempre lo mismo de tan matemático modo que la imaginación descontenta buscaba algo más allá.

¿Había viajado? Era probable, porque conocía el mapa del mundo mejor que nadie. No había lugar de la Tierra, por oculto que pudiera hallarse, del que no pareciese tener un especial conocimiento. En ocasiones, siempre en pocas, breves y claras palabras, rectificaba las mil ideas falsas que a veces circulaban en el club acerca de historias de viajeros perdidos, indicaba las probabilidades que tenían mayores visos de realidad y, a menudo, sus palabras parecían haberse inspirado en un sexto sentido; de tal manera el desenlace del suceso acababa siempre por justificarlas. Era un hombre que debía haber viajado por todo el mundo... en espíritu, al menos.

Lo cierto era que desde hacía muchos años Phileas Fogg no había dejado Londres. Los que tenían el honor de conocerle mejor atestiguan que —excepción hecha del camino diariamente recorrido por él desde su casa al club— nadie podía asegurar haberlo visto en otra parte. Era su único pasatiempo leer los periódicos y jugar al *whist*². Solía ganar a ese silencioso juego, tan apropiado a su natural, pero sus beneficios nunca entraban en su bolsillo, más bien los dedicaba a la caridad. No jugaba para ganar; para él, el juego era un combate, una lucha contra una dificultad; pero lucha sin movimiento y sin fatigas, condiciones ambas que convenían mucho a su carácter.

Que se supiese, no tenía mujer ni hijos —cosa que puede suceder a la persona más decente del mundo—, ni parientes ni amigos —lo cual es más extraño—. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Savile Row,

² El *whist* es un juego de naipes de origen británico, muy popular en el Reino Unido durante los siglos XVIII y XIX.

donde nadie entraba. Un solo criado le bastaba para su servicio. Comía y cenaba en el club a horas cronométricamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás a ningún extraño, solo regresaba a su casa para acostarse a la media noche exacta, sin hacer uso nunca de los cómodos dormitorios que el Reform Club pone a disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa, que dedicaba al sueño y al aseo personal. Si paseaba, lo hacía invariablemente y con paso igual, por el vestíbulo que tenía mosaicos de madera en el pavimento, o por la galería circular coronada por una cúpula vidriada que sostenían veinte columnas jónicas. Allí comía o cenaba los suculentos manjares que formaban parte del menú del club y era servido por sus camareros. Si vivir en semejantes condiciones es lo que se llama ser excéntrico, preciso es convenir que no está mal eso de la excentricidad.

La casa en Savile Row, sin ser suntuosa, se caracterizaba por su gran comodidad. Con los hábitos invariables del inquilino, servir en aquella casa no era muy trabajoso. Sin embargo, Phileas Fogg exigía de su único criado una regularidad y una puntualidad extraordinarias. Aquel mismo día 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Foster, por el enorme delito de haberle llevado el agua para afeitarse a ochenta y cuatro grados Fahrenheit en vez de ochenta y cinco³, y esperaba a un nuevo candidato al puesto, que debía presentarse entre las once y las once y media.

Phileas Fogg, rectamente sentado en su butaca, los pies juntos como los de los soldados en posición de firmes, las manos sobre las rodillas, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, veía girar el minutero del reloj —complicado aparato que señalaba las horas, los minutos, los segundos, los días y los años—. Al dar las once y media, Fogg, según su costumbre diaria, debía salir de su casa para ir al Reform Club.

3 En las islas británicas se mide la temperatura en grados Fahrenheit: 84 °F-85 °F equivalen aproximadamente a 28 °C-29 °C. Es decir, por una diferencia de un grado, Fogg había despedido al criado.

En aquel momento llamaron a la puerta de la habitación que ocupaba Phileas Fogg. El despedido James Foster apareció y dijo:

—El nuevo criado.

Un muchacho de unos treinta años se dejó ver y saludó.

—¿Es usted francés y se llama John? —le preguntó Phileas Fogg.

—Jean, si al señor no le sabe a mal —respondió el recién llegado—. Jean Paspartú⁴, apodo que me ha quedado y que justifica mi natural aptitud para salir de todo apuro. Soy honrado, aunque, a decir verdad, he tenido varios oficios. He sido cantante ambulante, he sido equilibrista de circo; luego, me coloqué de profesor de gimnasia con el fin de hacer algo más útil con mi talento y, por último, fui sargento de bomberos en París. Pero hace cinco años que salí de Francia, y queriendo por fin vivir una vida tranquila y doméstica, he trabajado como ayuda de cámara en Inglaterra. El caso es que, hallándome desocupado y habiendo sabido que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y sedentario del Reino Unido, me he presentado aquí, confiando en vivir con tranquilidad, e incluso, olvidar hasta el apodo de Paspartú.

—Paspartú me conviene —respondió el *gentleman*—. Me ha sido recomendado. Tengo buenos informes sobre su conducta. ¿Conoce usted mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Qué hora tiene?

—Las once y veintidós —respondió Paspartú, sacando del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata.

—Va atrasado.

—Perdóneme el señor, pero es imposible.

—Va cuatro minutos atrasado. No importa. Basta con hacer constar la diferencia. De modo que, desde este momento, las once y veintinueve de la mañana, hoy miércoles 2 de octubre de 1872, entra a mi servicio.

4 Paspartú» (en francés: passepartout) entre otros significados tiene el sentido de una llave que puede abrir todo tipo de cerraduras, o sea 'llave maestra', o sea llave maestra, y ese es el sentido del apodo del criado.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, lo puso en su cabeza mediante un movimiento automático, y desapareció sin decir palabra.

Paspartú oyó por primera vez el ruido de la puerta que se cerraba; era su nuevo amo que salía; luego, escuchó por segunda vez el mismo ruido; era James Foster que se marchaba también.

Paspartú se quedó solo en la casa de Savile Row.

Capítulo 2

*De cómo Paspartú está convencido de haber encontrado,
por fin, su trabajo ideal*

«A fe mía —se decía a sí mismo Paspartú, algo sorprendido al principio—, que pienso que en casa de *madame* Tussaud hay personajes con tanta vida como mi nuevo amo».

Conviene advertir que los personajes de *madame* Tussaud son unas figuras de cera muy visitadas en su museo, y a las cuales verdaderamente no les falta más que hablar.

Durante los pocos momentos en que pudo observar a Phileas Fogg, Paspartú había estudiado rápida pero cuidadosamente a su amo. Era un hombre que podía tener unos cuarenta años, de figura noble y arrogante, alto, sin que lo afease cierta ligera obesidad, de pelo rubio, frente tersa y sin señal de arrugas en las sienes, rostro más pálido que sonrosado, dentadura magnífica. Parecía poseer en el más alto grado eso que los fisonomistas llaman «el descanso en la acción», facultad común a todos los que hacen más trabajo que ruido. Sereno, flemático, de mirada franca, era el modelo de esos ingleses de sangre fría que suelen encontrarse a menudo en el Reino Unido. Observado en los diferentes actos de su existencia, Phileas Fogg era la exactitud personificada, lo que se veía claramente en la «expresión de sus pies y de

sus manos», puesto que en el ser humano, así como en los animales, los miembros muestran por sí mismos las pasiones.

Phileas Fogg era de aquellas personas matemáticamente exactas que nunca se precipitan y que economizan sus pasos y sus movimientos. No se permitía ningún gesto superfluo. Jamás se le vio ni conmovido ni alterado. Era el hombre menos apresurado del mundo, aunque siempre llegaba a tiempo. Pero, desde luego, se comprenderá que tenía que vivir solo y, por decirlo así, aislado de toda relación social, porque sabía que en la vida las relaciones sociales obligan a retrasarse, de modo que apenas se rozaba con nadie.

En cuanto a Jean, alias Paspartú, verdadero parisiense de París, durante los cinco años que había habitado en Inglaterra desempeñando la profesión de ayuda de cámara, en vano había tratado de hallar un amo a quien poder tomar cariño.

Paspartú era un guapo chico de amable fisonomía y labios salientes, dispuesto siempre a saborear o a acariciar; un ser apacible y servicial. Tenía azules los ojos, la cara gruesa, ancho el pecho, fuertes las caderas, vigorosa la musculatura, y una fuerza hercúlea que los ejercicios de su juventud habían desarrollado admirablemente. Sus cabellos castaños estaban algo enredados. Si los antiguos escultores conocían dieciocho modos distintos de arreglar la cabeza de Minerva, Paspartú, para arreglar la suya, solo conocía uno: tres pasadas de cepillo y listo.

Afirmar que el genio expansivo de este muchacho podía avenirse con el carácter de Phileas Fogg es cosa que prohíbe la prudencia más elemental. ¿Sería Paspartú ese criado exacto hasta la precisión que convenía a su dueño? La práctica lo demostraría. Después de haber tenido, como ya es sabido, una juventud algo vagabunda, anhelaba un puesto tranquilo. Había oído ensalzar el metodismo inglés y la proverbial frialdad de los *gentlemen*, y fue a buscar fortuna a Inglaterra. Pero hasta entonces la fortuna le había sido adversa. En ninguna parte pudo echar raíces. Estuvo en diez casas, y en todas ellas los amos eran



Jean, alias Paspartú.

caprichosos, cambiantes, amigos de correr aventuras o de recorrer países, cosas todas ellas que ya no podían convenir a Paspartú. Su último señor, el joven *lord* Longsferry, miembro del Parlamento, después de pasar las noches en los bares de Haymarquet, volvía a su casa muy a menudo a hombros de los policías. Queriendo Paspartú ante todo respetar a su amo, se arriesgó a hacerle algunas observaciones respetuosas que fueron mal recibidas, y se despidió. Entonces supo que Phileas Fogg buscaba criado, se informó acerca de este caballero y averiguó que era un hombre cuya existencia era tan regular, que no dormía fuera de casa, que no viajaba, que nunca, ni un día siquiera, se ausentaba, así que le convenía como amo. Se presentó y fue admitido en las circunstancias ya conocidas.

Así que Paspartú, a las once y media dadas, se hallaba solo en la casa de Savile Row y enseguida se puso a inspeccionarla desde la bodega hasta la buhardilla. Esta casa limpia, arreglada, severa, puritana, bien organizada para el servicio, le gustó. Le produjo la impresión de una concha de caracol iluminada y calentada con gas. Paspartú halló sin gran dificultad, en el piso segundo, el cuarto que le estaba destinado. Timbres eléctricos y tubos acústicos lo ponían en comunicación con los aposentos del entresuelo y del primer piso. Encima de la chimenea había un reloj eléctrico sincronizado con el que tenía Phileas Fogg en su dormitorio, y de esta manera ambos aparatos marcaban el mismo segundo en igual momento.

«Esto me gusta, me gusta», decía para sí Paspartú.

Advirtió además en su cuarto una nota colocada encima del reloj. Era el programa del servicio diario. Comprendía —desde las ocho de la mañana, hora reglamentaria en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media, cuando dejaba su casa para ir a almorzar al Reform Club— todos los pormenores del servicio, el té y las tostadas de las ocho y veintitrés, el agua caliente para afeitarse de las nueve y treinta y siete, el peinado de las diez menos veinte, etc. A continuación, desde las once de la noche (instante en que se acostaba el metódico *gentle-*